

“Ay de ustedes los ricos, los que ahora están saciados y ríen, porque van a pasar hambre, a lamentarse y a llorar” (Lc 6 24-25)

“El Señor bendijo a Job al final de su vida más aún que al principio, sus posesiones fueron catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil borricas” (Job 42 12)

¿En qué quedamos? ¿Es la riqueza un mal que merece la maldición de Dios, o es por el contrario un regalo, una bendición que El otorga a quienes le son fieles? Ante el mundo Venezuela es un país donde, debido al petróleo, abunda la riqueza fácil ¿Estamos anegados por la utopía del paraíso terrenal, o sumergidos en el “excremento del diablo”?

Aquí vamos a responder sólo desde la Escritura. Tocamos con esto una cuestión quizás demasiado previa, pero inevitable. Porque todavía demasiados “cristianos” tranquilizan sus conciencias ante la “injusticia que clama al cielo” con frases como “los pobres los tendrán siempre con ustedes” (Jn 12 8). No es ésta la visión de la Biblia.

Israel, en su nacimiento como pueblo, saca energías para soportar la desoladora travesía del desierto de un sueño esperanzador. Se dirigen a un país abundante que mana leche y miel. Allí no serán esclavos sino propietarios. Las repetidas promesas previas a los Patriarcas se traducían también en tierras, rebaños, multitud de hijos, bienestar, longevidad.

Todos tienen igual derecho a una porción. Por eso el reparto de tierras por Josué es un acto ritual en que, según la orden de Dios, las fronteras de cada tribu y clan salen por suertes. Nadie empieza con ventaja ni hay lugar para el soborno.

Esta armonía original desaparece pronto. Por diferencia de talento, de fuerza o de fortuna, unos prosperan y otros caen. Pero la legislación, atribuida a Yavé, no se resigna a ver hecha pedazos la igualdad primitiva. Una y otra vez crea normas que nivelen las diferencias. “Cada cincuenta años celebrarán jubileo. Todo israelita recobrará su propiedad y retornará a su familia” (Lev 25 10). “Si un hermano tuyo se arruina y no puede mantenerse, tú lo sustentaras para que viva contigo” (25.35). “No cargues intereses a tu hermano” (Deut 23 20). “Recuerda que fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor, tu Dios, te redimió” (15.15).

Pero llega un momento en que la situación degenera incontrolable. El acaparamiento se convierte en costumbre, y los jueces se doblegan una y otra vez ante el soborno. Es por esos años cuando surgen cáusticas las violentas denuncias de los profetas contra quienes convierten la justicia en ajeno, arrastran por el suelo el derecho, exprimen al inocente y atropellan a los pobres en el tribunal (Am 5 7,12).

Perdida la esperanza en la ley, que se ha puesto definitivamente del lado del poderoso, el marginado clama por la intervención de Dios.

“¿Por qué te quedas lejos, Señor,  
y te escondes en el momento del aprieto?  
El malvado dice con insolencia  
'No hay Dios que me pida cuentas'.  
Levántate, Señor, extiende tu mano,  
no te olvides de los humildes  
Rómpele el brazo al malvado,

# LAS RIQUEZAS COMO BENDICION Y MALDICION

EDUARDO J. ORTIZ

pídele cuentas de su maldad hasta que desaparezca  
Que el hombre hecho de tierra  
no vuelva a sembrar su terror” (Salmo 10)

Estas esperanzas van poco a poco tomando cuerpo y adquieren por fin un nombre. Lo que se aguarda es el día de Yavé, el día en que El por fin hará valer sus derechos de Rey de Israel y volverá las cosas a su cauce. Por eso cuando siglos más tarde Jesús anuncia que al fin ha llegado el Reino de Dios, las ilusiones se encienden. Dios se ha levantado y ha dicho: ¡Basta! El juego de fuerzas se ha desequilibrado. Ahora más que nunca, quien combate contra la desigualdad tiene a Dios de su parte.

Esta historia, parábola de mil caras, nos devuelve a la pregunta inicial: ¿Es la riqueza una maldición, o es una bendición?

Lo visto, la muestra como una espada de dos filos, un regalo tentador. Algo maravilloso si está al servicio del hombre y fatal si lo domina.

La Biblia nunca maldice a los ricos porque lo sean, sino porque su lujo brilla a costa de las sombras de los demás. Lo insoportable no es ser millonario, sino serlo donde hay miserables. En el evangelio las diatribas de Jesús contra los ricos son correlativas de su postura ante los pobres (Lc 6 20-26). Se ve difícil que un rico se salve, por su incapacidad en desprenderse de los bienes que otros necesitan más que él (Mc 10 17-27). El platudo comilón es sepultado en el infierno, porque día a día ha tenido un hambriento a la puerta que ni siquiera participaba de sus sobras (Lc 16 19-31).

Difícilmente podemos gloriarnos hoy de estar en mejor situación. “Sabemos —dice Pablo VI a los campesinos en Bogotá— que el desarrollo económico y social ha sido desigual en el gran continente de América Latina, y que mientras ha favorecido a quienes lo promovieron en un principio, ha descuidado la masa de las poblaciones nativas, casi siempre abandonadas en un innoble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente. Nos, seguiremos defendiendo vuestra causa y denunciando las injustas desigualdades eco-



nómicas entre ricos y pobres”

No es por tanto la riqueza la que se condena, sino su acaparamiento en pocas manos. Y en la redistribución no es suficiente siquiera ajustarse a lo estipulado por la ley, si la ley esta viciada por haber sido dictada por los grandes intereses económicos de las minorías. Porque se puede ser “intachable” y a la vez deshonesto.

Naturalmente que el derecho a participar de la riqueza comporta la obligación de tomar parte en la fatiga. Como ya dijo Pablo con frase lapidaria “El que no trabaje que no coma” (2 Tes 3.10). Pero de poco sirve este pretexto cuando tantos miles pasan necesidad por falta de trabajo adecuado, o cuando trabajos semejantes son remunerados con desigualdades tan irritantes. Más aún, cuando la tendencia, mantenida y perfeccionada por la fuerza, es que quien más tiene, encuentra posibilidades cada vez mayores, rara vez desaprovechadas, de poseer aún más. “No se puede servir a Dios y al dinero” (Mt 6.24). No es posible ser a la vez explotador notorio y bienhechor insigne, aunque en ocasiones la iglesia misma, inconsciente o cobarde, parezca olvidarlo.

Como complemento se podría señalar, también en la Biblia, una cierta desconfianza de la riqueza aun colectiva. Una vez mas es la experiencia histórica la que provoca este recelo. La luna de miel del pueblo de Israel, a pesar de los momentos desesperados y difíciles o quizás por ellos, es la temporada de escasez y desierto, mientras que los tiempos prósperos, como el reinado de Salomón, desembocan en desenfreno y decadencia. ¿Cuántos son capaces de crear estructuras de austeridad que den fruto a distancia, cuando la especulación a corto plazo se presenta, aunque suicida, tan promisoría?

Esta radical desconfianza de la Escritura ante la riqueza copiosa, queda reflejada en esta plegaria de un pensador de años difíciles, cuando la experiencia traumatizante de la cautividad y la dominación extranjera ha recortado el optimismo de otros tiempos. “No me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan,

no sea que me sacie y reniegue de ti diciendo ¿Quién es el Señor? No sea que, necesitado, robe y blasfeme el nombre de mi Dios” (Prov 30 8-9)

Para resumir, podríamos evocar los primeros capítulos del Génesis, que narran en forma simbólica la tragedia de la humanidad. Una situación paradisiaca de ensueño queda allí convertida en un yermo de sudor, desolación y muerte. La abundancia material es buena, es apetitosa, es una bendición. Todavía se sigue utilizando como imagen de los últimos días (Is 55.1; Apoc 21). Pero nos hemos mostrado bien capaces de convertir la bendición en maldición.

Indudablemente quedan aún por responder muchas cuestiones, quizás para nosotros las más importantes, y ciertamente las más difíciles. La Biblia refleja una organización económica muy primitiva, y ni siquiera afronta todos los interrogantes que este mismo sistema planteaba. Mucho menos podrá aquietar nuestras incertidumbres actuales.

Existe en nuestros días, para empezar, un concepto mucho más sofisticado de riqueza que la simple posesión de bienes. Nos encontramos además con planteamientos totalmente nuevos en cuanto a las relaciones entre trabajo y capital, leyes sobre distribución y propiedad, posibilidades reales de transformación de un sistema equipado para marginar y eliminar la oposición, dimensiones de la administración de política económica, relaciones entre inversión y ahorro, funcionalidad de la propiedad privada como generadora de estímulos que acrecienten el capital disponible, instrumentalización del imperialismo a través de las transnacionales.

Pero al menos parece que podemos concluir con algunas observaciones que tendrían aplicación diversa en cada circunstancia, pero que no se ve cómo podían faltar. Quienes trabajen en la construcción de una sociedad más acorde al evangelio las deberán tener en cuenta.

En primer lugar, la concepción bíblica de la riqueza es fundamentalmente colectivista —sería un anacronismo decir socialista—, y está pensada en términos del bien de un pueblo, más que de individuos concretos. Entre el derecho a la propiedad privada y su función social no parece discutible que la segunda ocupa el centro. Nadie tiene “derecho” a volver la espalda al hermano que padece necesidad. Es ilícito enriquecerse a expensas de las necesidades de los demás.

En segundo lugar la riqueza va muy a menudo unida al egoísmo. Quien tiene poco se abre mas fácilmente a los demás, porque poco puede perder en ese encuentro. En cambio, quien tiene mucho teme acercarse al que tiene menos, porque la vivencia de la fraternidad irá necesariamente en su perjuicio económico. Por eso protege con celo, y hasta con fuerza, sus posesiones. Ahora bien, si la actitud fundamental de Cristo, y por tanto del cristiano, es su entrega a los demás, se puede concluir lógicamente que el rico está más lejos que el pobre del Reino de Dios.

Por fin, si la Iglesia reconoce que su misión es salvar a la humanidad mediante la proclamación de la presencia del Reino de Dios, no puede considerarse ajena, más bien diríamos que debe comprometerse por completo, en el proceso social que “derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes” (Lc 1.52). ●